

mejoranas por apropiarse tu fina cabellera. Las rosas permanecían tímidamente entre sus espinas, una roja de vergüenza, otra pálida de desesperación y una tercera, ni roja ni pálida, á su doble latrocinio había añadido el de tu aliento. Yo he visto aún otras flores, pero ninguna que no te haya robado su color ó su perfume.» Níferías apasionadas, afectaciones deliciosas, dignas de Heine y de los contemporáneos de Dante, que delatan largos sueños exaltados, siempre referidos á un objeto único. Contra una dominación tan imperiosa y tan continua, ¿qué sentimiento puede prevalecer? ¿Los sentimientos de familia? Estaba casado, tenía hijos, una familia á quien iba á ver «una vez al año», y quizá á la vuelta de uno de esos viajes es cuando dice las palabras que se acaban de oír. ¿La conciencia? «El amor es demasiado joven para tener idea de la conciencia.» ¿Los celos y la cólera? «Si tú me haces traición, yo me la hago también cuando entrego la más noble parte de mí mismo á mi grosero deseo.» ¿Los desdenes? «Estoy contento de ser tu pobre acémila, de hacer tus faenas, de trabajar por ti.» El no es ya joven, y su amante quiere á otro, á un bello adolescente rubio, el mejor amigo de Shakspeare, que él mismo ha presentado en su casa, y á quien ella quiere seducir. «Mi demonio (dice) tienta á mi ángel bueno, y quiere apartarle de mí.» Y cuando ella lo logra (1), él no se atreve á confesárselo, y lo sufre todo, como Molière. ¡Cuántas miserias en esas pequeñeces de la vida ordinaria! Involuntariamente coloca el pensamiento, al lado de Shakspeare, á nuestro gran poeta desgraciado, filósofo también de instinto, pero además zumbón de profesión, un hombre que se burla

(1) Esta interpretación nueva de los *Sonetos*, es debida á las conjeturas ingeniosas y sólidas de Mr. Chasles.

de los viejos enamorados, que se ensaña con los maridos engañados, y, al salir de su comedia más aplaudida, dice en voz alta á uno: «¡Amigo mío, estoy desesperado; mi mujer no me quiere!» Es que ni la gloria, ni el trabajo, ni la invención bastan á esas almas vehementes; sólo el amor puede colmarlas, porque no sólo satisface á su corazón y á sus sentidos, sino también á su cerebro; y todas las potencias del hombre, la imaginación como las restantes, hallan en él su concentración y ocupación. «El amor es mi pecado (1)», decía Shakspeare como Musset y como Heine; y en los *Sonetos* se descubren aún las huellas de otras pasiones no menos impetuosas, una, sobre todo, por una gran dama, á lo que parece. La primera mitad de sus dramas, *El Sueño de una noche de verano*, *Romeo y Julieta*, *Los Dos señores de Verona*, conservan más vivamente la cálida impresión, y no hay más que considerar sus últimos caracteres de mujeres (2) para ver con qué exquisita ternura, con qué plena adoración las amó hasta lo último.

Todo su genio está ahí; tenía una de esas almas delicadas que, al modo de un instrumento perfecto de música, vibran de suyo al menor contacto. Se descubría al momento aquella sensibilidad tan fina. «Mi amable Shakspeare», «dulce cisne del Avón», esas expresiones de Ben Jonson no hacen más que confirmar lo que repiten sus contemporáneos. Era afectuoso y bueno, «de modales corteses, de conducta honrada y leal, de un natural abierto y franco (3)»; Si tenía los arrebatos de los verdaderos artistas, tenía también

(1) *Soneto*, 142.

(2) *Miranda*, *Desdémona*, *Viola*.

(3) Testimonios de Jonson y de Chettle. Véase Halliwell, 183.

sus efusiones; era querido, su compañía agradaba; nada más dulce y seductor que esa gracia, ese abandono casi femenino en un hombre. Su espíritu en la conversación era pronto, ingenioso y ágil; su alegría brillante, su imaginación fácil y tan fecunda que, al decir de sus compañeros, no tachaba nada; al menos, cuando escribía por segunda vez una escena, lo que cambiaba era la idea, no las palabras: el cambio se debía á un segundo aflujo de invención poética, no á un laborioso retoque de los versos. Todas esas notas se condensan en una: tenía el genio *simpático*, con lo cual quiero decir que, naturalmente, sabía salir de sí mismo y transformarse en todos los objetos que imaginaba. Dirigid vuestras miradas á los grandes artistas de vuestro tiempo, tratad de aproximaros á ellos, de entrar en su intimidad, de verlos pensar, y comprenderéis toda la fuerza de esa expresión. Por un instinto extraordinario se ponen de golpe en el lugar de los seres: hombres, animales, plantas, flores, paisajes, cualesquiera que sean los objetos, animados ó no, sienten por contagio las fuerzas y las tendencias que producen la exterioridad visible, y su alma, infinitamente múltiple, truécase por sus incesantes metamorfosis en una especie de compendio del universo. Por eso parecen vivir más que los otros hombres; no necesitan haber aprendido: adivinan. A uno he visto yo, sin otros recursos que una armadura, un traje y un colección de muebles, penetrar más en lo hondo de la Edad Media que tres sabios reunidos. Reconstruyen como construyen, natural, seguramente, por una inspiración que es un razonamiento alado.

Shakspeare no había tenido más que una semi-educación: sabía «poco latín, menos griego», quizá un poco de francés y de italiano, y nada más; no había

viajado, no había leído más que los libros de la literatura corriente, había recogido algunos términos de derecho en las escribanías de su ciudad natal. Contad, si podéis, todo lo que sabía del hombre y de la historia. Esos hombres ven más objetos á la vez, y los abrazan más completa, más rápidamente y más á fondo que los restantes hombres; su espíritu rebosa y se desborda. No se atienen al simple razonamiento; al contacto de cada idea, todo su ser—reflexiones, imágenes, emociones—se pone en conmoción: helos ahí gesticulando, accionando, pintando su pensamiento mediante comparaciones; hasta en la conversación imaginan y crean, con familiaridades y temeridades de lenguaje, á veces afortunadamente, siempre irregularmente, según los caprichos y accesos de la improvisación aventurera. La animación, la impetuosidad de su lenguaje, así como las sacudidas, los saltos con que juntan las ideas lejanas, suprimiendo las distancias, pasando de lo patético á la risa, de la violencia á la dulzura, son cosa extraña y sorprendente. Ese estro extraordinario es lo último que los abandona. Cuando por azar les faltan las ideas ó los embarca con exceso la melancolía, todavía hablan y producen, aunque sólo sea bufonadas; se hacen *clowns*, aun á sus expensas y contra sí mismos. Sé de uno que se entretiene en decir chocarrerías cuando se siente morir ó tiene ganas de matarse; es la rueda interior que sigue girando, aun en el vacío, y que el hombre necesita ver girar siempre, aunque le destroce de pasada; sus payasadas son una expansión; encontraréis á ese polichinela irónico en la tumba de Ofelia, junto al lecho de muerte de Cleopatra, en los funerales de Julietta. Arriba ó abajo, es menester que estén siempre en algún extremo. Sienten con demasiada profundidad

sus bienes y sus males, amplifican con demasiada amplitud, por una especie de involuntaria novela, cada estado de su alma. Tras las denigraciones y hastios con que se rebajan sin medida, se rehacen y exaltan extraordinariamente, hasta estremecerse de orgullo y de júbilo. A veces, después de uno de esos desalientos, dice Shakspeare: «pienso en ti, y á semejanza de la alondra, que á la vuelta del sol se levanta del triste surco, mi alma vuela y va á cantar himnos á las puertas del cielo». Luego todo se desvanece, como en un hogar donde una llama demasiado intensa no ha dejado substancia ninguna. «Ves en mí el momento del año en que las hojas raras y amarillas cuelgan de las ramas trémulas de frío, bóvedas desnudas y ruinosas donde ha poco cantaban los dulces pájaros. Ves en mí el crepúsculo de un día que, tras la puesta del sol, se desvanece en el ocaso, arrebatado paulatinamente por la negra noche, esa otra muerte que todo lo abisma en el reposo... No llores por mí cuando haya muerto; cesa, al menos, de llorar cuando cese de tañer la lúgubre campana, anunciando al mundo que he huido de este mundo vil para habitar con los más viles gusanos. Y aun, si leéis estas líneas, no os acordéis de la mano que las ha escrito: porque os amo tanto, que desearía ser olvidado en vuestros queridos pensamientos si el pensar en mí hubiese de afligiros.» Esas súbitas alternativas de alegría y de tristeza, esos arrobamientos divinos y esas grandes melancolias, esas exquisitas ternuras y esos abatimientos femeninos, pintan al poeta extremado en sus emociones, agitado incesantemente por el dolor ó el gozo, sensible al menor choque, más profundo y más delicado para gozar y sufrir que los otros hombres, capaz de ensueños más intensos y más dulces, en que se agitaba un mundo

imaginario de seres seductores ó terribles, apasionados todos como su autor.

Así y todo, llegó á ser hombre de asiento. Por lo que toca, al menos, á la conducta exterior, entró pronto en la vida arreglada, juiciosa, casi burguesa, ocupándose de negocios y pensando en el porvenir. Siguió siendo actor diez y siete años, por lo menos, aunque haciendo segundos papeles (1); á la vez se dedicaba á arreglar obras con tanta actividad que Greene le llamaba «un grajo adornado con plumas ajenas, un factotum, un monopolizador de la escena». A la edad de treinta y tres años había hecho bastantes ahorros para comprar en Stradford una casa con dos granjas y dos huertos, y seguía más derechamente cada vez el mismo camino. Un hombre, con su solo trabajo, no llega más que á una posición desahogada; si llega á la riqueza, es haciendo trabajar á los demás. Por eso, á los oficios de actor y autor agregaba Shakspeare los de empresario y director de escena. Adquiría una parte de propiedad en los teatros de Blackfriars y del Globo, compraba contratas de diezmos, grandes terrenos, otros edificios más, casaba á su hija Susana, y concluía por retirarse á su ciudad natal, á su hacienda y su casa, como buen propietario y honrado ciudadano, que administra convenientemente su fortuna y toma parte en los asuntos municipales. Tenía una renta de doscientas á trescientas libras esterlinas, que venían á representar lo que hoy veinte ó treinta mil pesetas, y, según la tradición, vivía contento y en buenas relaciones con sus vecinos; en todo caso, no parece que se preocupase mucho de su gloria literaria, porque ni siquiera se

(1) El papel en que sobresalía era el del fantasma en *Hamlet*.

cuidó de editar y reunir sus obras. Una de sus hijas se había casado con un médico; otra con un vinatero. La segunda no sabía ni firmar. Shakspeare prestaba dinero y era hombre de viso en aquel círculo modesto. Extraño, en fin, que, á primera vista, parece más bien el de un mercachifle que el de un poeta. ¿Hay que atribuirlo á ese instinto inglés que cifra la felicidad en la vida del propietario rural acaudalado, bien emparentado, rodeado de comodidades, que goza sosegadamente de su *respetabilidad* reconocida y de su autoridad doméstica? ¿O es que Shakspeare era, como Voltaire, un hombre sensato, aunque de cerebro imaginativo, que conservaba el juicio sereno en medio de los hervores de su fantasía, prudente por escepticismo, económico por necesidad de independencia) y á la postre, después de haber dado la vuelta á las ideas humanas, capaz de decir con Cándido que el mejor partido es «cultivar uno su huerto»? Prefiero suponer, como indica su poderosa cabeza (1), que, á fuerza de imaginación viva, se libró, como Goethe, de los peligros de la imaginación viva, que, figurándose la pasión, llegaba, como Goethe, á atenuar en sí la pasión; que no estallaba el fuego en su conducta, porque hallaba un desahogo en sus versos; que el teatro escudó su vida, y que habiendo atravesado por simpatía todas las locuras y todas las miserias de la vida humana, podía sentarse en medio de ellas con una sonrisa serena y melancólica, escuchando para distraerse la música aérea de las fantasías en que se recreaba (2).

(1) Véase sobre todo su retrato por Droeshout al frente de la primera edición de sus obras y su busto en la iglesia de Stradford.

(2) Véase sobre todo sus últimas obras: *Tempest*, *Twelfth night*.

Quiero suponer, en fin, que, en cuerpo como en todo, era de su gran generación y de su gran siglo; que en él, como en Rabelais, en Ticiano, en Miguel Angel y en Rubens, la solidez de los músculos igualaba á la sensibilidad de los nervios; que en aquella época la máquina humana, hecha á pruebas más rudas y construida más en firme, podía resistir las tempestades de la pasión y las exaltaciones de la imaginación; que el alma y el cuerpo se contrapesaban aún, que el genio era entonces una floración, y no, como hoy, una enfermedad. Sobre todo esto no tenemos más que conjeturas, y, si se quiere conocer al hombre más de cerca, hay que buscarle en sus obras.

## II

Busquemos, pues, el hombre, y busquémosle en su estilo. El estilo explica la obra: mostrando los caracteres principales del genio, anuncia los demás. Una vez distinguida la facultad dominante, vemos desplegarse como una flor al artista entero.

Shakspeare imagina copiosa, excesivamente; siempre con profusión las metáforas en todo lo que escribe; las ideas abstractas se truecan á cada paso en imágenes; lo que se desarrolla en su espíritu es una serie de pinturas. No las busca él; vienen de suyo, se agolpan en su mente, cubren los razonamientos, ofuscan con su brillo la pura luz de la lógica. No se esfuerza en explicar ni en probar; cuadro sobre cuadro, imagen sobre imagen, copia incesantemente las extrañas y espléndidas visiones que unas á otras se engendran y se acumulan en él. Compárese con la sobrie-